

Nicomedes Santa Cruz Aparicio

Aportes hacia la reformulación de su perfil

Octavio Santa Cruz Urquieta

Debo decir aquí, que escribo porque hay situaciones que tienen que quedar registradas. De no ser así estaría sin duda haciendo otras cosas, aquellas que desde mi primera juventud elegí, inclusive como profesión.

Sin embargo, son ya varias las veces en que hablo sobre la familia y en cada ocasión he optado por cambiar de registro, según fuere más adecuado. Por ejemplo, para algunos recuerdos de niñez en “Mi Tío Nicomedes” usé el estilo narrativo; en cambio era ineludible un lenguaje estrictamente académico para el “Análisis de un poema de Nicomedes” –texto que pueden leer en internet–. Ahora, para un testimonio con matices intimistas y de un carácter singularmente maravilloso, he escogido la forma dialogada.

Escena primera (*donde se habla de un pequeño baúl*)

Una habitación de soltero, modesta; la cama estirada, a los pies una ruma de libros; una mesita con varios frascos de tempera, un vaso con plumas y pinceles de pelo de marta puestos hacia arriba. En la pared colgada una paleta de nogal, un afiche o almanaque (con un gran rostro pintado al estilo Springett y una espiga) indica que estamos como en 1960.

En el centro del cuarto, sentado en una silla, de cara al público, un joven negro de unos 16 años con cabello frondoso pese a ser casi lacio explora una guitarra, sostiene el mástil frente a sus ojos, la mira por un lado, la mira por el otro, finalmente con solo el dedo índice jala las cuerdas agudas, 1ª y 2ª a la vez.

①

②

Escucha como sorprendido.

Es obvio que lo hace por primera vez.

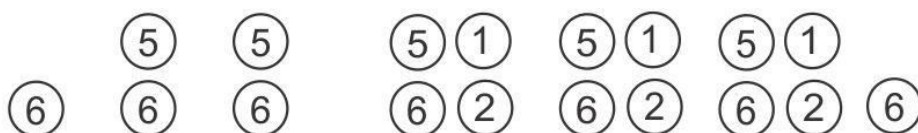
Sonríe y repite.

Luego hace sonar las cuerdas graves al aire con el dedo pulgar.



Prueba un par de veces.

La cosa le parece bien. Pone la guitarra a su costado, sobre la pierna derecha y toca ambas cosas de corrido.



Los sonidos salen rítmicos, pero sin control de matices o de intensidad, casi como ruidos.

Toca una vez la secuencia, piensa un rato, vuelve a tocar lo mismo, dos veces seguidas.

Parece satisfecho.

Entretanto ha llegado otro hombre, también negro, delgado, como de 45 años, con ropa limpia, pero de trabajo, estuvo parado en la puerta lateral a la izquierda, escuchando, y ha ingresado a la habitación. Es Fernando, su padre.

FERNANDO (*flemático*) – Consuelo me comentó que hace días que sales temprano...

HIJO DE FERNANDO – Si ‘apá... este. Hola. (*Ha contestado, pero breve, como si quisiera seguir en lo suyo*).

FERNANDO – Y estás fuera todo el día.

HIJO DE FERNANDO – Si ‘apá. Pero vengo a almorzar.

FERNANDO – Y... ¿Se puede saber en qué andas...?

HIJO DE FERNANDO (*concede en explicar con respeto*) – Trabajo papá. Estoy trabajando. Y desde la segunda semana le he dado a la tía Concho para la casa.

FERNANDO – Ah. Desde la segunda semana...

HIJO DE FERNANDO (*animado*) – Es que la primera no me quedó nada porque me compré esta guitarrita.

FERNANDO – *Aaanjá...* Una guitarrita. Ya veo... Es decir, esa guitarrita. *Humm.* Y...
¿Qué tocas, ah?

HIJO DE FERNANDO – No sé tocar, todavía. Pero el otro día el tío Nico nos hizo oír un disco que le había prestado su amigo Hayre. Y te aseguro papá que esa música sale ahí, en estas cuerdas

(toca un poco)

HIJO DE FERNANDO – ¿Ves 'apá? Ahí sale

(vuelve a tocar con entusiasmo)

FERNANDO *(que por su gesto parece haber escuchado solo ruidos)* – Ya, hijo, ya; de acuerdo. Pero... *(siempre pausado y comprensivo)*. ¿Y ... la pintura? *(le señala las paredes vacías, como buscando)*. Creí que eso era lo que querías...

HIJO DE FERNANDO – Claro que sí, el dibujo es lo que me interesa. Y es precisamente en eso en lo que estoy trabajando *(deja la guitarra a un lado)*.

FERNANDO *(parsimonioso)* – Bueno. Por si acaso... Yo te dije que acá en el taller, con los fierros, podías estar un tiempo ¿No? Y tener de ahí para tus gastos, mientras decides qué estudiar. Porque... aprobaste el colegio... ¡Supongo! Pero ¿No has pensado en estudiar algo? ¿No has visto en Bellas Artes?

HIJO DE FERNANDO *(que entre tanto se ha puesto de pie y busca dentro de su billetera)* – Sí, por supuesto. Si la escuela de Bellas Artes fue lo primero que vi... Mira, di examen el mes pasado *(le alcanza el comprobante, sonriente)*. ¡Ingresé! *(se sienta)*. Pero no me he matriculado. La pintura sería un buen proyecto, pero... cómo te digo, es... algo a futuro. Y yo quiero valerme por mí mismo... pero no mañana, sino hoy. Por eso es que ya estoy trabajando. No papá. Así estoy bien.

(Viendo que no convence, para ilustrar sus palabras abre un portafolio que está sobre la mesa, revisa varios papeles, se decide por una hoja y se la muestra sin decir palabra, pero con una gran sonrisa de orgullo. Es una página donde cada letra se repite en todo un renglón, hay unos cinco renglones como hasta la mitad de la página, desde el centro una letra g minúscula llena el espacio con trazos floridos muy adornados, se ve que son ejercicios de caligrafía fina).

HIJO DE FERNANDO *(continúa, seguro y casi confidencialmente)* – Papá, soy aprendiz donde un diseñador suizo. Acá, en todo Lima no hay nadie que sepa hacer esto.

FERNANDO (*casi satisfecho*) – Ajá. Bueno pues, prueba. Espero que sepas lo que haces. Ya me contarás. Pero mira. Ahora, a lo que he venido es a traerte algo que yo escogí hace un tiempo y lo he tenido guardado.

(Sale y regresa arrastrando con dificultad un baulito de madera. Lo pone casi en primer plano central y se queda un rato mirando el piso. Luego, señalando el baúl...).

FERNANDO (*con gesto grave, al hijo*) – ¡Las cosas de tu abuelo! (*la luz sube de improviso un 10%*).

HIJO DE FERNANDO (*se acerca al baulito cerrado y mira de cerca*) – De... ¿Papapa? (*siempre mirando al baúl, como si fuera difícil creerlo*) ...es decir, de tu padre... de don Nicomedes.

FERNANDO (*épico, desplazándose, como hacia el público*) – Así es. Sabes quién fue ¿No? Sabes lo que hizo... Bueno. Aquí están... sus apuntes, sus fotos... sus obras escritas. ¡Te las dejo! (*la luz sube otro 10%*).

HIJO DE FERNANDO (*se agacha, le toma el peso al baulito y mira a su padre*) – ¡Me... los dejas!... ¿Por...?

FERNANDO (*Se ha desplazado hacia la izquierda. A medio camino, casi desde el fondo, voltea encarándolo con serenidad*) – ¡Consévalas. Aquí está todo. En tus manos queda! (*la luz sube otro 10%*).

HIJO DE FERNANDO (*haciendo un gesto con las manos*) – ¿Para...?

FERNANDO (*Sentencioso. Ha quedado unos pasos atrás, cerca a la puerta. La luz sube otro 10%*). – ¡Cuando llegue el momento, tú sabrás que hacer!

El joven de pie en el centro del escenario mira el baúl.

La luz baja un 20%.

Se sienta en su sitio sin dejar de mirar el baúl.

La luz baja otro 20%. Fernando está por salir.

Coge su guitarra y vuelve a tocar lo mismo con las cuerdas al aire.

Luego tantea lentamente la melodía balbuceando cuatro notas con un dedo y solo en la prima: mi... #fa... sol... si...

Desde la puerta Fernando acota:

FERNANDO – ¡Oye...! ¿Tu guitarra está afinada?

HIJO DE FERNANDO (*pone la guitarra boca arriba sobre las dos piernas, y voltea lentamente*) – ¡Qué! ¿Hay que afinar?... ¿Y cómo se hace?

(*Fernando le sonríe y se retira*)

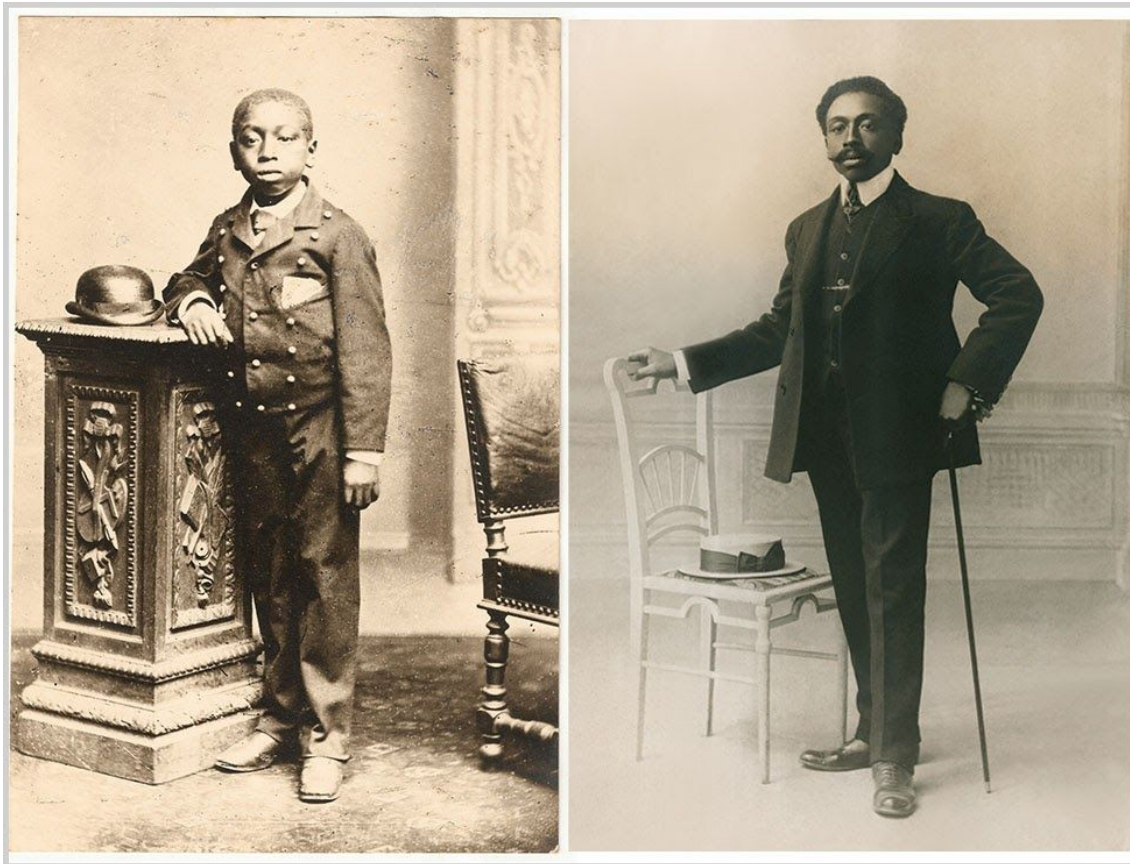
Coloca la guitarra al costado parada sobre el suelo sosteniéndola del cuello y se queda mirando el baúl cerrado. En off se escucha el inicio de la Danza Española n° 5 op.37 de Granados en versión de Andrés Segovia del disco de Londres 17/1/1939.

La música va bajando, mientras la luz baja muy lenta y suavemente hasta quedar en total oscuridad y silencio.

Hasta aquí esta escena que, es parte de un trabajo más amplio. Si algún día ven la obra completa en un teatro, o si se llega a presentar en forma de miniserie televisiva, sabrán lo que continúa.

Pero el avance del tiempo es inexorable y en agosto de 1995, don Fernando –mi padre–, falleció a la edad de 81 años. Y fue solo tres lustros más tarde cuando su decisión de encargarme el baulito dio su primer resultado.

Corría el año de 2009 y, como en cada año anterior, los responsables en el Instituto Cultural Peruano Norteamericano se disponían a incluir el homenaje a uno de sus socios fundadores. Para ese año el nombre elegido era Nicomedes Santa Cruz Aparicio, pero cuanto de él se conocía a grandes rasgos es que partió siendo muy niño hacia Estados Unidos y que cuando volvió tuvo una vida activa alcanzando gran lustre y renombre como escritor teatral en la Lima de principios del siglo XX, era padre de Rafael el torero, de Nicomedes, de César y de Victoria. Y, amén de una fotografía que se ha hecho clásica de solo repetirla y en la que se le ve de pie, con terno, eso es más o menos cuanto hubo quedado en el recuerdo acerca de éste don Nicomedes en toda la segunda mitad del siglo XX.



Gracias a la excelente relación que desde los años 70 hemos sostenido con los directivos culturales del Icpna pudimos coordinar acciones. Buceé en el dichoso cajoncito, separé los documentos personales, escogí fotos, revisé textos y armamos una exposición. Uno de los hijos mayores de don Nico que aún nos acompañaba, don Octavio Santa Cruz Gamarra (mi tío) dio las palabras de agradecimiento y a un siglo de sus primeros éxitos, Lima oyó hablar nuevamente de este autor teatral, porque en noviembre del 2009 don Nico tuvo su homenaje.




H o m e n a j e a

Nicomedes
Santa Cruz Aparicio

Del 23 al 27 de noviembre 2009

El homenaje 2009 del Instituto Cultural Peruano Norteamericano nos permitió visibilizar para las actuales generaciones una breve biodata, una aproximación a la cronología de don Nico y los títulos de algunas de sus obras.



Nicomedes Santa Cruz Aparicio

Nicomedes Santa Cruz a los 8 años, antes de viajar a los EE. UU.

Reseña Biográfica


Nicomedes Santa Cruz Aparicio nació en Lima, el 15 de setiembre de 1871.

A la edad de nueve años, en pleno estado de emergencia al inicio de la Guerra del Pacífico y mientras Lima asistía al bombardeo del puerto del Callao, se decidió su partida hacia los Estados Unidos de América.

Retornó al país en 1903, tenía 32 años y su elección había sido el mundo de la cultura. Su formación y preferencias eran poco comunes para entonces: leía a Shakespeare en su lengua, se declaraba kantiano y mostraba preferencia por Richard Wagner.

Don Nicomedes logró ser un autor teatral de reconocido prestigio. Escribió comedias y zarzuelas sobre temas costumbristas, algunas con música de su propia autoría. Sus obras más conocidas fueron *El confort del hogar*, estrenada en 1907 ("...Las ovaciones alcanzadas por el autor del *Confort del hogar* han sido justas y espontáneas..."; *Varietades*, mayo de 1908, pág. 412) y *El servicio obligatorio* estrenada en 1909 (*El servicio obligatorio* de Nicomedes Santa Cruz es indudablemente una de las mejores zarzuelas nacionales..."; *El Comercio*, agosto de 1909, pág. 4). Continuó escribiendo periódicamente, sin embargo su producción teatral está inédita.

En las décadas de los años 30 y 40 participaba de la vida cultural de Lima. Mantenía su vínculo con la cultura y la lengua de su juventud pues recibía los periódicos y revistas norteamericanas. Fue socio fundador del Instituto Cultural Peruano Norteamericano (ICPNA).



Don Nico a su llegada de los EE. UU.

En los primeros días del siglo XX don Nicomedes contrajo matrimonio con Victoria Gamarra Ramírez, con quien tuvo diez hijos: Rosalina, Pedro, César, Fernando, Octavio, Jorge, Consuelo, Victoria, Nicomedes y Rafael.

Así, don Nicomedes fue el primer nombre visible de una familia cuya presencia en el arte y la cultura del Perú se mantiene ininterrumpida.

Nicomedes Santa Cruz Aparicio falleció el 9 de julio de 1957, a la edad de 86 años.

Titulares de la época

"Ha sido un éxito franco el que ha obtenido el señor Nicomedes Santa Cruz..." (*Varietades*, mayo de 1908, pág. 412).


"... Todos los chistes y situaciones cómicas son del mejor gusto y sin esos juegos violentos de palabras con vistas a la sicalipsis, que prima hoy entre los escritores del género chico..." (*Varietades*, mayo de 1908, pág. 412).

"Nicomedes Santa Cruz es una persona muy simpática, vivo, de mirada inteligente y firme, habla con gran facilidad expresándose con mucha corrección, aunque se le nota ligero acento inglés. En sus modales y sus palabras se advierte la superior cultura de su espíritu, siendo indudablemente único en su género..." (*El Comercio*, mayo de 1908, pág. 1).

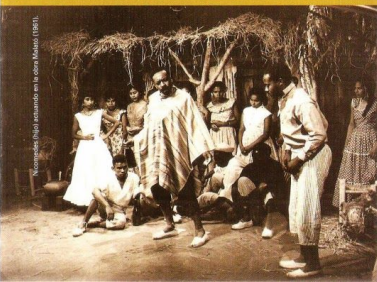
"... es, é no dudarlo uno de los más felices ensayos de nuestra literatura escénica. La acción se desarrolla con gran naturalidad y los chistes en que abunda la obra son de gran efecto..." (*La Prensa*, mayo de 1908, pág. 2).

"Nueve fueron en total las obras teatrales que Santa Cruz estrenó entre nosotros que le valieron otros tantos triunfos..." (*El Comercio*, agosto 1957, pág. 17).

"... logró imponerse constituyendo una figura tradicional en el mundillo de la farza, por ser el primer autor de color que hemos tenido..." (*El Comercio*, agosto 1957, pág. 17).



De izquierda a derecha: Octavio Santa Cruz (hijo mayor), Rafael Santa Cruz Gamarra (hijo), Victoria Gamarra Ramírez (esposa), y Victoria Santa Cruz Gamarra (hija).



Comedia (foto tomada en el Museo 1901).

Ahora, diez años después, me encuentro haciendo una selección –esta vez exhaustiva–, para procesar como es debido cuanto don Nico nos dejó y poder valorar así su memoria.

Es realmente afortunado que don Fernando –a cuyo lado viviera don Nico sus últimos años hasta que falleció en 1957– haya tenido el cuidado de reunir los documentos culturales que ahora se convierten en probatorios y sobre los cuales se podrá reconstruir por lo menos la imagen que en su tiempo tuvo el dramaturgo. Y aunque me demoré más de medio siglo en desembarazarme de mis propios demonios y cumplir mis metas personales, no deja de ser una grata ironía que en el viraje vivencial que va desde haberme iniciado como diseñador gráfico y guitarrista, me encuentre a estas alturas, a la hora undécima y en el ocaso de mi existencia nuevamente ante el tal cajoncito, pero armado finalmente con el instrumento metodológico que me da el estar graduado en Historia del Arte en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Los documentos conservados están en este momento en proceso, todo está siendo revisado, digitalizado y ordenado en carpetas según documentos afines y obras de

teatro. Algunos originales están repetidos y otros muy corregidos. Quizás sea preciso hacer una edición crítica, revisarlos y comentarlos. Podremos entonces saber así, quién fue este señor don Nicomedes Santa Cruz Aparicio.

O.S.C.U. 20, XI, 2020